

Infantas que hilaban en sus ruecas cantando las dulcísimas melodías de Juan de la Encina... y que llevarían como dote la alianza con el reino más poderoso de Europa y el oro y las esmeraldas de las Indias.

Cada boda fué una gran preocupación de los Reyes. Isabel pensaba tanto en la felicidad doméstica de sus hijos como en la conveniencia política de cada uno de los enlaces que proyectaban. Buena madre española, miraba con agudos ojos críticos de suegra a cada pretendiente. Fernando los veía más con su sagaz golpe de vista de gran político. Isabel, obsesionada con la unidad total, ambicionaba una boda navarra que fracasó por la tenacidad de la Condesa de Foix. A Fernando le importaba poco ese fracaso del reinado aliado de su enemigo francés en Italia. Para su concepción premaquiavélica de la política no valía la pena esforzarse en buscar alianza con el amigo del enemigo, si se tenía la seguridad de poder vencerle con la espada o con la intriga. Tanto peor para Navarra si no sabía verlo. Era preferible la boda con Inglaterra, mucho más vieja y enconada en el odio a Francia que pudiera serlo Aragón. Una Infanta española en la corte de Windsor podía ser la amenaza por el Norte a la Francia rival en la empresa de Italia. Otra Infanta en Lisboa suavizaría la tirantez que los descubrimientos de españoles y lusitanos provocaban en el Océano y que el Papa Alejandro VI, con su Bula de Demarcación, trataba de evitar. Ese enlace podría también engendrar un sucesor para las tres Coronas, si la vida de don Juan, el Príncipe de Asturias, se extinguía. Para los otros hijos se pensó en el Imperio alemán, vinculado en la cada vez más poderosa Casa de Habsburgo, que ostentaba entre otros títulos el Archiducado de Austria y el Ducado borgonón.

Cada una de las cinco flechas del haz juvenil de Infantes partió con rumbo a su destino. Pero el Destino de España no quiso aceptar la habilísima previsión de la política matrimonial de los Reyes. La Infanta Isabel fué Princesa y

luego Reina de Portugal al casar con el Infante don Alfonso y con el Rey don Manuel después. Murió muy joven, dejando un solo hijo, el Príncipe Miguel. Doña Juana casó con el Archiduque Felipe, Duque de Borgoña y señor de los Países Bajos, para enloquecer de amor por él y vivir una vida de tremendo patetismo, después de dar al mundo futuros Emperadores. No menos patética fué la aventura matrimonial de la tercera Infanta, Catalina de Aragón, a punto de enloquecer de todo lo contrario que su hermana. Catalina —objeto de un inmundo regateo de su padre y de su suegro, regateo que jugaba al alta o a la baja, según el humor del Rey de Francia y del Papa— contrajo matrimonio con el Príncipe Arturo de la Gran Bretaña, heredero de la Corona. A los seis meses enviudó permaneciendo en Londres hasta que siete años más tarde, el hermano de Arturo, el jocundo, violento y grueso Enrique VIII, la desposa, para luego repudiarla encalabrinado por la sonrisa de Ana Bolena. La Infanta María casó con el Rey de Portugal, viudo de su hermana, y da la vida a la más bella Princesa que había de pintar Tiziano cuando ya se llamaba Reina de España y Emperatriz de Alemania por su boda con su primo hermano el César Carlos de Europa.

El que debió ser don Juan III de España estuvo casado breve tiempo con Margarita de Austria, hermana del hermoso marido de doña Juana. Como Alfonso de Portugal y Arturo de Inglaterra, Juan de Aragón y Castilla murió en la luna de miel y a consecuencia de ella. Indudablemente, el temperamento de los hijos de los Reyes Católicos tenía algo morboso en el sentido erótico.

Aquella Unidad de España tan querida y aquel Imperio nuevo no soñado, van perdiendo los herederos masculinos que hubiesen consolidado y dado un rumbo ibero-afro-americano a los destinos de la piel de toro. Muerto don Juan sin sucesión, las Cortes de Portugal, Castilla y Aragón juran heredero al Príncipe Mi-